

¿PODEMOS MEJORAR LA INTELIGENCIA FRENTE LAS AMENAZAS TERRORISTAS?

HACIA UNA NUEVA INTERPRETACIÓN DE LOS FALLOS DE INTELIGENCIA

Por Michael Smith

Department of War Studies, King's College, Londres

En palabras de Woodrow Kuhns, “El estudio de los fallos de inteligencia es quizás el ámbito más avanzado académicamente en el estudio de la inteligencia”. Esto es muy cierto: se ha escrito mucho sobre las razones que explican los numerosos desastres militares y de la política exterior que han sido atribuidos a fallos de inteligencia.

En la era que se inició con los atentados del 11 de septiembre se están sometiendo a un mayor escrutinio los fallos de inteligencia relacionados con amenazas de grupos involucrados en acciones terroristas:

- Los Comités de Congreso han culpado a la inteligencia por no anticipar la escala de la amenaza terrorista que condujo al 11 de septiembre, y más tarde a EE.UU. y sus aliados por no saber valorar el alcance de las armas de destrucción masiva iraquíes antes de la invasión de Irak.
- Del mismo modo, en el Reino Unido por ejemplo, los atentados con bombas del 7 de julio de 2005 se atribuyeron al fracaso de los servicios de inteligencia a la hora de discernir el nivel de la amenaza: a decir verdad, pocas semanas antes de estos atentados, el comité conjunto de evaluación de inteligencia declaró que el riesgo era muy bajo ... un claro error de diagnóstico.



La definición de inteligencia es “conocimiento acumulado para un determinado fin”, que se diseña para reducir la incertidumbre. Tal y como señala Sir David Omand: “La inteligencia secreta logra este objetivo con respecto a la información que otros desean mantener oculta. Dicho así, el propósito de la inteligencia no está ligado simplemente al conocimiento en sí mismo sino a la organización de información que pueda aprovecharse en la práctica”.

Los fallos de inteligencia son, evidentemente, errores en la recopilación de conocimientos apropiados, y/o análisis erróneos que conducen a acciones mal encauzadas, o falta de acciones oportunas o adecuadas. Claramente, con el potencial de nuevos ataques devastadores por grupos como los vinculados a al Qaeda, los costes de los fallos de inteligencia serán probablemente elevados. Teniendo en cuenta los errores de inteligencia del pasado para prever o evitar tales ataques, ¿hay algo que podamos aprender de los fallos del pasado para mejorar nuestras probabilidades de éxito? Sería insensato creer que podemos perfeccionar nuestros procedimientos para eliminar el riesgo por completo. Nadie puede predecir el futuro con toda certeza... si pudiéramos hacerlo, no necesitaríamos los servicios de inteligencia.

Por lo tanto, ¿dónde empezamos a buscar posibles respuestas que puedan contribuir a lograr mejoras?

Al considerar los fallos de inteligencia, la atención tradicional en los estudios académicos se centra en las instituciones y los procesos de inteligencia como fuente y causa de esos fallos, y como sugiere Kuhns, se han escrito vastos tratados sobre este tema.

Como ha señalado Richard Russell, el problema es que “una parte demasiado grande del volumen creciente de literatura sobre inteligencia se restringe al entramado interno del proceso de inteligencia como si la inteligencia fuera un fin en y por sí mismo...”

A decir verdad, creo que es una afirmación muy cierta, e intentar encontrar el origen del fallo solamente en la maquinaria de lo que entendemos por el mundo de la inteligencia deja al margen una consideración profunda sobre la

naturaleza de los fallos de inteligencia, que en mi opinión reside en gran medida fuera de los confines inmediatos de las estructuras, instituciones y procesos de inteligencia.

Las percepciones del público tienden a entender las agencias de inteligencia como centros de investigación independientes encargados de pronosticar acontecimientos políticos futuros y de prestar asesoramiento apropiado a los responsables políticos. En realidad, las organizaciones dedicadas a la inteligencia no pueden aspirar nunca al ideal de una entidad autónoma que libremente proporciona información y valoraciones objetivas a los políticos.

No obstante, las agencias de inteligencia reflejan prioridades nacionales, y en los estados democráticos sobre todo presentan invariablemente todas las características que configuran una cultura y una civilización en particular.

En este sentido, las agencias de inteligencia suelen ser un espejo de sus propias sociedades y éste es el contexto en el que quisiera sugerir la necesidad última de comprender bien los fallos de inteligencia.

Ante todo, el eslabón que falta para comprender los fallos de inteligencia guarda relación con una idea que deseo presentarles con el término “Fallo de discurso”: la limitación del lenguaje y del vocabulario para identificar, analizar y aceptar la existencia real de determinados tipos de amenazas.

¿QUÉ SON LOS FALLOS DE INTELIGENCIA?

Antes de abordar el concepto de fallo de discurso, permítanme aclarar y conferir cierta estructura al tema que nos ocupa: más que nada quiero explicar a qué nos referimos cuando hablamos de fallos de inteligencia.

Fundamentalmente, los fallos de inteligencia hacen referencia a FALLOS DE ADVERTENCIA, es decir, la incapacidad de prever y reaccionar a acontecimientos ante los que, al menos en retrospectiva, debería haberse actuado.

Existen 4 tipos de fallos de advertencia:

- 1) **ATAQUE POR SORPRESA:** la forma más gráfica de fallo, el fracaso a la hora de predecir un ataque militar significativo. Hay muchos ejemplos: el ataque japonés a Pearl Harbor en 1941; la invasión de Corea del Sur por Corea del Norte en 1950; el hecho de que Israel no previera el ataque de Egipto y Siria en la Guerra del Yom Kippur de 1973; la invasión de Kuwait por Irak en 1990; los atentados terroristas al World Trade Center y el Pentágono en 2001.
- 2) **SORPRESA DIPLOMÁTICA:** la forma menos destacable de fallo de inteligencia, aunque supone otro nivel de sorpresa, esto es, la incapacidad de predecir acontecimientos políticos importantes que tienen consecuencias significativas para los propios intereses. Ejemplos destacados de esta categoría se asocian frecuentemente a fallos por no anticipar cambios de regímenes tales como la caída del régimen del Sha de Irán en 1979.
- 3) **FALLOS DE INTENCIÓN A LARGO PLAZO Y CÁLCULOS ERRÓNEOS:** mala interpretación y diagnóstico impreciso a más largo plazo de asuntos que conducen a valoraciones y políticas incorrectas. Aquí podríamos citar ejemplos como la sobreestimación por Estados Unidos de las fuerzas de bombarderos estratégicos soviéticos en la década de 1950, que generaron ideas erróneas como la “bomber gap” o brecha en la disponibilidad de bombarderos. Como contrapunto cabe señalar la infravaloración de las fuerzas balísticas nucleares de alcance medio soviéticas en Europa en la década de 1970. Una ilustración más sería quizá el fracaso durante la Guerra Fría que supuso no entender el concepto soviético de “distensión” en la década de 1960 y 1970 (basado en la paz y la lucha y no en la paz y la buena voluntad), y como consecuencia de ello la política occidental adoptó una visión excesivamente benévola, que provocó sorpresas de índole diplomática y militar tales como la invasión soviética de Afganistán en 1979. Otro ejemplo sería la incapacidad de prever las consecuencias de la implosión de la economía soviética, que culminaron en la desaparición

de la URSS y del bloque comunista en Europa Oriental y el final de la Guerra Fría, acontecimientos que cogieron a muchos analistas por sorpresa.

- 4) FALLOS OPERATIVOS DERIVADOS DE ERRORES DE INTELIGENCIA: un último nivel de fallo de inteligencia que puede entenderse como el fracaso de los planes basados en información que resulta ser falsa. Una vez más, los ejemplos son variados, pero podríamos destacar una acción como el fracaso de los servicios de inteligencia de Israel al no apresar al individuo que en su opinión era responsable de la masacre de las Olimpiadas de Munich en 1972. En lugar de eso mataron a un camarero marroquí completamente inocente en Lillehammer en 1974 (?).

¿POR QUÉ SON TAN DIFÍCILES DE VALORAR LOS FALLOS DE INTELIGENCIA?

Así pues, podríamos ser capaces de identificar las formas que adoptan con frecuencia los fallos de inteligencia, pero intentar analizar cuáles son las causas de los fallos de inteligencia es altamente problemático, debido a 5 factores que dificultan mucho la valoración de los fallos de inteligencia.

1. La primera dificultad alude al hecho de que la inteligencia es un fenómeno esquivo: consiste en averiguar lo que no sabemos. Casi por definición, pues, se producirán fallos debido a formas deficientes de información e interpretación, porque ningún ser humano ni organización sobre la tierra es omnisciente: no existen las organizaciones que todo lo saben; por eso mismo necesitamos las organizaciones de inteligencia.
- La cuestión es que no necesariamente sabemos qué estamos buscando, aunque pensemos que lo sabemos. Por ejemplo, la caída de Creta frente los alemanes en 1941 no se debió a ningún fallo de conocimiento sobre las intenciones de los germanos: los británicos sabían que los alemanes estaban planificando un descenso en paracaídas para capturar las islas y prepararon su defensa lógica en consecuencia. Pero



nadie, ni siquiera los alemanes, imaginaron hasta qué punto sería crucial la captura de ciertos campos de aviación claves para la caída de la isla: la inteligencia, sin importar su calidad, podría haberlo previsto.

2. En segundo lugar, la dificultad de discernir las causas del fallo reside en el hecho de que, como fenómeno, la inteligencia tiene una naturaleza recíproca: la no advertencia a tiempo de una persona es la sorpresa estratégica exitosa de otra persona.
 - Para descubrir algo que pueda considerarse inteligencia útil, no sólo hace falta discernir lo que es información valiosa entre una masa de datos y secretos a menudo bien guardados, sino que además es necesario batallar contra una serie de obstáculos colocados deliberadamente para engañarnos.
 - En consecuencia, un "fallo" de inteligencia quizá no sea tanto un fallo de los propios procesos de inteligencia como la marca de una exitosa campaña de engaño emprendida por el bando contrario. Por ejemplo, el éxito de los japoneses al ocultar los portaaviones antes de Pearl Harbor mediante el silencio en la radio, o las operaciones de engaño con éxito de los aliados (tráfico de radio falso, concentración fingida de tropas en el sur de Inglaterra) antes de los desembarcos del Día D en junio de 1944, que apartaron a la inteligencia alemana de la idea de que la invasión vendría de Normandía, para convencer a los alemanes de que la invasión se dirigiría hacia el Paso de Calais, y posiblemente con una incursión alternativa en Noruega, lo cual obligó a los alemanes a retener sus divisiones allí en lugar de reforzar las áreas del canal.
3. En tercer lugar, tenemos un problema de nivel de análisis: es probable que las causas de los fallos de inteligencia sean infinitamente divisibles.
 - ¿Dónde buscamos el origen de un fallo? Puede comenzar desde arriba con defectos en la toma de decisiones y la gestión, y luego se puede ir descendiendo por toda la cadena: fallos de interpretación, no comunicación de información importante, no recopilación de información

- adecuada, etc. Podríamos continuar dividiendo hasta llegar al mismo nivel del individuo: por ejemplo, si los fallos de inteligencia conducen a procedimientos deficientes de contratación de agentes o analistas, si están mal entrenados, mal gestionados, si tienen sobrecarga de trabajo, y así sucesivamente.
- En otras palabras, las causas de los fallos se encuentran potencialmente en cualquier lugar: el debate sobre la causalidad en la historia es un gran tema en las humanidades y las ciencias sociales, pero esto se aprecia muy claramente en el diagnóstico de los fallos de inteligencia.
 - ¿Dónde se sitúan las causas de los fallos de inteligencia? Respuesta: depende de dónde se quiera buscar.
4. En cuarto lugar, y entroncando con el apartado anterior, los fallos son inherentes a toda organización y colectivo social. Gran parte de las organizaciones consiguen hacer con más o menos éxito lo que tienen que hacer pero todas ellas son proclives a la debilidad y los errores. Las burocracias son por naturaleza incompetentes. ¿Por qué deberíamos esperar que las instituciones de inteligencia sean distintas? Michael Herman resume correctamente la cuestión cuando afirma:
- “Todas las profesiones atraen críticas cuando resbalan con una piel de plátano. No obstante, los errores en la previsión del tiempo no ponen en cuestión la meteorología, y los fallos de pronóstico persistentes sobre la economía británica sólo conducen a la contratación de más economistas. Por lo tanto, una primera pregunta es si los fallos de inteligencia son en realidad especiales”.
- La respuesta es seguramente que no hay nada de especial en los fallos de inteligencia; el problema es que cuando se producen su impacto puede ser más dramático que otros tipos de fallos.

5. Todos estos factores establecen un quinto apartado global. ¿Qué es lo que constituye exactamente un fallo de inteligencia? Los ejemplos de fracasos de la inteligencia citados frecuentemente se deben más a los denominados fracasos políticos o fallos en la cadena de mando que a la imposibilidad de proporcionar la información necesaria. Es posible que se dieran todos los avisos necesarios, que se recopilaran y evaluaran con precisión todos los datos, pero que no se actuara o se interpretaran mal, o se demoraran las medidas debido a procesos políticos o burocráticos, por dejadez o por confusión.
- Stalin ignoró 84 advertencias de la invasión alemana inminente de la Unión Soviética en 1941.
 - El Presidente Johnson pasó por alto lo que resultaron ser valoraciones muy exactas de la CIA sobre las probables dificultades que supondría la implicación directa de Estados Unidos en Vietnam.
 - En Pearl Harbor, los americanos se enteraron del ataque japonés, pero el mensaje se transmitió tan lentamente por la cadena de mando que el telegrama que advertía del ataque inminente llegó cuando las bombas japonesas estaban a punto de caer.
 - Lo cierto es que la inteligencia se funde con la ejecución de órdenes y de políticas, y esto complica enormemente la detección del origen de los fallos de inteligencia.

EXPLICACIONES TRADICIONALES DE LAS CAUSAS DEL FRACASO DE LA INTELIGENCIA

En general, los fallos de inteligencia tienen probablemente causas múltiples y complejas: ver cita de Schelling.

Pero, ¿qué explicaciones tradicionales de los fallos de inteligencia, tal y como menciona Richard Russell, han captado más interés en la literatura?

Existen básicamente cuatro niveles de explicación que engloban la mayoría de explicaciones existentes del fracaso de la inteligencia que se pueden clasificar:

- 1) *Fallo de recopilación*: quizás la idea más común que forma las percepciones del público sobre lo que representan los fallos de inteligencia; la incapacidad de recabar la clase de información adecuada a tiempo. No buscar en los lugares adecuados, no tener agentes suficientes, o dar preferencia al método inadecuado de captación de inteligencia. En los momentos posteriores al 11 de septiembre, éste fue el nivel que más críticas atrajo en los servicios de inteligencia, que declararon haber prestado demasiada atención a objetivos incorrectos (viejos adversarios, como la antigua Unión Soviética), haberse concentrado demasiado en la inteligencia técnica y no la inteligencia humana, es decir, contratar agentes altamente capacitados con habilidades lingüísticas apropiadas, y todo ello resultó en la imposibilidad de penetrar en las células terroristas.
- 2) *Fallo analítico*: es una explicación igualmente destacada que abarca todas las formas de cálculo erróneo en torno a la relevancia y la credibilidad de la información bruta. De nuevo, en el contexto del 11 de septiembre, el hecho de que ninguna de las agencias americanas contemplara la posibilidad de que pudieran utilizarse aviones como misiles se cita frecuentemente como un fracaso estrepitoso por no saber sumar dos más dos.
- 3) *Fallo político*: se produce cuando se detectaron todas las pistas necesarias, pero o bien fueron ignoradas o bien la actuación se postergó por bloqueos políticos y/o dejadez. Hemos dado antes algunos ejemplos, como la desatención de Stalin a las numerosas advertencias sobre la invasión alemana de la Unión Soviética, pero también fue una acusación que se hizo a la administración Bush, dado que antes del 11 de septiembre había indicios de que se avecinaba algún ataque dramático, pero no se emprendió ninguna acción.

- 4) *Fallo de comunicación*: alude a los problemas de transferencia de información entre las distintas capas de la burocracia ligada a la inteligencia, tanto verticalmente dentro de un organismo como horizontalmente, y también entre otras agencias de inteligencia y otros brazos del gobierno. La información no se transmite en el momento adecuado a quienes la necesitan y podrían actuar, sino que se entrega demasiado tarde. Puede tratarse de una evaluación de inteligencia clave que fue retenida en numerosos comités, reticencias de las agencias a compartir sus hallazgos y sus fuentes, etc. En el caso del 11 de septiembre, la falta de cooperación entre las distintas agencias de inteligencia, y más concretamente, el error cometido por el FBI de no transferir los informes de un agente de campo sobre las actividades de islamistas radicales en escuelas de vuelo, se citan como ejemplos de cómo la comunicación dentro y entre las agencias de inteligencia ha llegado a ser disfuncional.
- 5) *Fallo de percepción*: relativo a diversos fenómenos psicológicos tales como la convicción de que el adversario es incapaz de hacer ciertas cosas porque nosotros mismos no podemos hacerlo (el síndrome “no se inventó aquí”), juzgar situaciones en base a las propias ideas preconcebidas (imágenes en un espejo) y falta de voluntad para cuestionar la sabiduría convencional por miedo a ser vistos como un intruso (pensamiento de grupo). En el contexto del 11 de septiembre, se dice que sucedió esto con la resistencia de los servicios de inteligencia a creer que células durmientes terroristas hubieran penetrado en Estados Unidos.

¿UN CONOCIMIENTO INCOMPLETO?

¿Qué hay de extraño en este panorama? ¿Se trata de una valoración completa de los motivos y las causas de los fallos de inteligencia?

Estas cinco razones ubican el fracaso dentro de los estrechos confines de las instituciones y procesos de inteligencia y la burocracia del gobierno. Pero, ¿es eso suficiente?

Esta tipología convencional implica que el origen de muchos si no todos los fallos diplomáticos, militares y de política exterior se vincula únicamente a las cuestiones técnicas y de gestión de las estructuras formales de inteligencia. De la misma manera, implica que es posible reparar las estructuras, ponerlas a funcionar del mejor modo posible, para así eliminar todas estas sorpresas diplomáticas y militares. Pero sabemos que esto no es verdad; aunque dispongamos de la burocracia más efectiva en inteligencia se cometerán errores de vez en cuando.

Podemos concluir de cuanto Herman y otros afirman que habrá una propensión a los fallos: no existe ningún sistema de inteligencia perfecto.

De nuestra lectura del concepto clausewitziano de la fricción deducimos que las cosas siempre pueden ir mal: Clausewitz afirmaba que la fricción es inherente a TODO, no sólo los sistemas y las estructuras: se encuentra en la esencia misma de la vida social.

En consecuencia, centrarnos meramente en las estructuras y los sistemas para encontrar el origen del fallo de inteligencia no servirá de ayuda. ¿Podemos señalar otros motivos?

Además, esta afirmación se entenderá al analizar todos los acontecimientos que desencadenaron el 11 de septiembre, que tal y como he sugerido, muchos consideran un grave fallo de inteligencia, así como otros ataques de islamistas radicales, tales como los perpetrados en Londres en julio de 2005.

Considerando lo que creemos entender de la actuación de los servicios de inteligencia en los momentos previos a estos acontecimientos, podemos afirmar sin lugar a dudas que hubo aparentemente un fallo de imaginación, además de un fracaso de determinados medios técnicos y de comunicación. Lo importante es que los servicios de inteligencia conocían la amenaza. En los años anteriores habían averiguado cosas de algunos lugares y algunos individuos. No podía ser de otro modo; después de todo, determinados asuntos estaban ya claros: la amenaza asimétrica de agentes no estatales no era nada

nuevo, se sabía de la militancia islamista, los atentados suicidas contra objetivos estadounidenses no eran nada nuevo.

Al parecer, los servicios de inteligencia de algunos estados occidentales no desconocían la amenaza, pero sí la ignoraron... o al menos subestimaron su verdadero alcance. Las agencias de inteligencia y los responsables políticos occidentales mostraron una tendencia a considerar estos ataques como incidentes individuales e inconexos, en lugar de un intento concertado por parte de una **internacional** islamista del terror cada vez más sofisticada para diseñar una confrontación con Estados Unidos, sus aliados y las fuerzas de la modernidad en general. Hay pruebas suficientes que demuestran esta idea.

- Los políticos eran reacios a creer la escala de la amenaza: en un principio, Clinton se negó a creer que el ataque al World Trade Center en 1993 fuera el resultado de una bomba.
- Un congreso de eruditos organizado por una agencia de inteligencia australiana antes del 11 de septiembre se opuso a la inclusión de una mesa de debate sobre radicalismo islamista, por miedo a que se considerara un acto discriminatorio.
- A mediados de la década de 1990, el Servicio de Seguridad Británico, el MI5, eliminó su sección sobre Oriente Medio.
- Mencionamos antes el informe del JTAC anterior a los atentados del 7 de julio, donde se afirmaba que no había ninguna amenaza de terrorismo islamista.
- Uno de los ejemplos más interesantes tras el 11 de septiembre se dio cuando el Ministro de Exteriores británico Jack Straw acudido a El Cairo para conseguir apoyos en su guerra contra el terrorismo, pero el Presidente Hosni Mubarak le rechazó por la negativa británica a extraditar militantes islámicos buscados a Egipto y otros países de Oriente Medio.

HACIA UNA NUEVA INTERPRETACIÓN DE LOS FALLOS DE INTELIGENCIA

Estos hechos y acontecimientos previos al 11 de septiembre nos ayudan en mi opinión a revisar nuestra interpretación de la aplicabilidad de las explicaciones aceptadas de los fallos de inteligencia.

Las principales debilidades de las explicaciones convencionales radican en su asunción de que la inteligencia se produce y se consume en un vacío intelectual. Como dice Russell, parece que consideran la maquinaria del proceso de inteligencia como si la inteligencia fuera un fin en y por sí mismo, sólo un ejercicio técnico de recopilación de información precisa.

Ignoran que la inteligencia es un producto creado por el hombre y las personas que participan en su creación e interpretación están expuestas no sólo a los entresijos internos de sus respectivas instituciones sino también a las influencias de la sociedad en su conjunto.

A fin de cuentas, los miembros de la denominada comunidad que forma la inteligencia no están aislados de la sociedad: no son solamente líderes políticos o empleados de servicios de inteligencia, son también miembros de una comunidad más amplia; no sólo hablan con otros profesionales de su campo, entablan conversaciones con sus familias, vecinos y amigos; no leen únicamente informes de inteligencia, sino también periódicos, revistas y ven la televisión.

Si bien resulta imposible cuantificar el impacto de estas influencias externas, es seguro afirmar que contribuyen a forjar lo que se describe comúnmente como la “mentalidad” de quienes participan en el proceso de inteligencia, y cuando esto se añade a una amenaza particular ignorada o minusvalorada como ocurrió con el 11 de septiembre, podemos entender el contenido de otra dimensión crucial de los fallos de inteligencia: el fallo de discurso.

Admitiendo que los debates predominantes en una sociedad desempeñan una importante función en la configuración de la mentalidad de los líderes políticos



y los miembros de la comunidad dedicada a la inteligencia, entonces el concepto de fallo de discurso es el eslabón faltante en el debate actual.

Las corrientes de pensamiento prevalecientes en una sociedad, especialmente si han penetrado en el discurso público durante muchos años, constituyen un marco intelectual implícito con respecto al cual se forman las ideas y se evalúa la inteligencia. Ellas representan los parámetros no expresados del proceso de inteligencia.

Por lo tanto, si los debates dominantes en una determinada sociedad pueden ignorar sistemáticamente amenazas para la seguridad de una nación, esto tendrá consecuencias negativas en todas las etapas del ciclo de inteligencia. En el nivel de la recopilación, se escogerán objetivos inadecuados y se destinarán recursos a ámbitos irrelevantes. Entre los analistas, la información relativa a amenazas emergentes se considerarán de menor importancia y se hará más hincapié en el análisis de cuestiones que parecen tener más prioridad. En el nivel político, los informes concernientes a la amenaza en ciernes serán descartados, y las agencias recibirán instrucciones para seguir trabajando en consonancia con los parámetros del debate predominante.

El fallo de discurso no es una noción teórica que existe únicamente como un punto de discusión, sino que tiene efectos prácticos que influyen de manera crucial en la toma de decisiones. En el caso de los atentados del 11 de septiembre y los acontecimientos posteriores, éste explica cómo los políticos acabaron ocultando la naturaleza del extremismo islamista de un modo que inhibió la percepción de la verdadera amenaza ante el peligro creciente. Esto afectó a su vez a la capacidad de los servicios de inteligencia, restringiendo su margen de maniobra y obstaculizando sus esfuerzos para dar una respuesta acorde a la magnitud del peligro.

Lo que quiero destacar aquí es que los servicios de inteligencia, especialmente en las sociedades democráticas, son y posiblemente sólo pueden ser reflejos de sus propias sociedades: forman parte del zeitgeist, del espíritu de los tiempos.

Considerando el ambiente social, político e intelectual en la década anterior a septiembre de 2001, podemos constatar que los servicios de inteligencia sufrían una propensión a los fallos de discurso.

En esta época se puso de moda entre los políticos y los estudiosos restar importancia a las amenazas en el sistema internacional. Eran los tiempos del optimismo posterior a la Guerra Fría, hasta cierto punto, pero también fue la época en que muchos intelectuales creyeron que la política se podría recrear de formas novedosas y creativas para así librarse de las ataduras de la política del poder y de los intereses estatales estrechos de miras que habían dominado gran parte del pensamiento durante la Guerra Fría.

En el mundo académico, se puso muy de moda declarar que las percepciones de amenazas eran simplemente creaciones discursivas: no eran una respuesta a las realidades de intereses fundamentalmente opuestos sino el producto artificial de “la oposición al otro” occidental, que deliberadamente construía enemigos para sustentar el temor a una amenaza externa, un miedo necesario para mantener el sistema existente que sustentaba los sistemas de poder dominantes en los estados, para excluir y marginar a las víctimas oprimidas y sin voz del capitalismo global.

Las nuevas teorías internacionales sugerían que las amenazas se podrían superar mediante un proceso de “dessecuritización”, que implicaba un cambio de discurso, alejándose de la confrontación machista y aproximándose al diálogo inclusivo basado en la sensibilidad cultural, la cooperación multilateral y la creación de identidades regionales, que pusiera fin a la competencia entre estados, alcanzara los derechos humanos universales, etc.

Se decía que cambiar el discurso minaría los impulsos negativos, basados en amenazas, encarnados en un sistema de estado “realista”, y sentaría las bases de un orden internacional estable, pacífico y justo.

Todo esto puede parecer idealismo erudito de altos vuelos, incluso ingenuo, pero no deberíamos subestimar la aceptación que este tipo de ideas tuvo entre analistas y políticos, porque ellos aportaron gran parte del contenido de la

“tercera vía” que dominó la política en Estados Unidos y en Europa, y que defendía que el fin liberal de la historia había conducido al mundo a una época esencialmente postideológica donde las confrontaciones de intereses tradicionales y las valoraciones de amenazas eran consideradas un anacronismo.

Este contexto de las “políticas externas éticas”, la búsqueda del multilateralismo, los derechos humanos universales en el extranjero y el multiculturalismo en casa provocó el fallo de discurso antes del 11 de septiembre.

En otras palabras, los organismos de inteligencia y de la policía tuvieron que desenvolverse en este panorama político e intelectual, en el que no se tuvo en cuenta e incluso se descartó por completo la gravedad de la incipiente red de terroristas islamistas.

En este contexto se fomentó una actitud en exceso acomodacionista hacia aspectos de la reinstauración del islamismo, donde los temores al fundamentalismo islámico fueron vistos como el producto de una sobre-reacción histérica occidental proclive a sembrar amenazas.

El rechazo de políticos e intelectuales tuvo un efecto de arrastre sobre los servicios de inteligencia, y evitó que se plantearan preguntas incómodas y se afrontaran y entendieran bien las amenazas emergentes, porque la sociedad en general (el zeitgeist) pensaba que el mundo vivía entonces una era ostensiblemente desideologizada tras la Guerra Fría, donde esos fantasmas ya no existían o se podrían espantar en la creencia de que las confrontaciones de intereses y las amenazas ya no importaban.

Fue este ambiente el que configuró el entorno donde actuaban los servicios de inteligencia, y que provocó la incorrecta distribución de recursos y la fallida interpretación de la amenaza que culminaría en los atentados del 11 de septiembre y los hechos posteriores.

CONCLUSIÓN

El argumento general que quiero exponer aquí no es que una parte del espectro político fue culpable de malinterpretar la amenaza. Un examen de los documentos de archivo ayuda a entender que las preferencias ideológicas no ofrecen más protección frente a las consecuencias de los fallos de discurso.

Si hablamos del 11 de septiembre como un fallo de inteligencia, podremos comprobar que en realidad la primera administración Bush padeció una forma igual y opuesta de fallo de discurso por no asimilar la naturaleza de la amenaza procedente de al-Qaeda, porque esta administración estaba convencida de que el terrorismo sólo era producto del patrocinio del estado: estados malos, diabólicos, como Irán, Irak, Siria y Corea del Norte, en lugar de individuos o grupos no estatales autorradicalizados, con motivación propia y desterritorializados.

La cuestión global que quisiera destacar es que el análisis de la inteligencia, las previsiones sólidas y la prestación de asesoramiento preciso a los políticos se ven influidos por una gama extensa de factores que van mucho más allá de las deficiencias técnicas u organizativas dentro de las agencias de inteligencia encargadas de evaluar las futuras amenazas.

Lo que percibimos como amenazas, se configura en cierta medida como resultado de las ideas que tenemos sobre el mundo que nos rodea, y esto tendrá probablemente un impacto directo en cómo se distribuirán los recursos para afrontar eventuales contingencias. A su vez, esto afectará a las prioridades y las estructuras burocráticas internas del aparato de la inteligencia. Son inherentes a este proceso la tendencia a los fallos de discurso y los errores resultantes en las percepciones de las amenazas.

En el análisis final he recurrido al fracaso de la inteligencia antes del 11 de septiembre para sugerir que la naturaleza de este fallo reside al menos en parte en esta idea de FALLO DE DISCURSO: la incapacidad de nuestro lenguaje, de nuestro vocabulario político y nuestra ideología en la sociedad en general, que al menos en el contexto posterior a la Guerra Fría, se imaginó a sí

misma habitando un mundo esencialmente post-ideológico donde las amenazas materiales sencillamente no existían.

Desde luego, había unos cuantos oponentes que estaban en desacuerdo con el consenso prevaleciente, pero fueron ignorados y marginados; la gran mayoría estaba feliz y en sintonía con los valores y actitudes imperantes.

La noción de fallo de discurso señala una faceta paradójica de la inteligencia que se considera aplicable a todos los casos de fallos de advertencia, no sólo en la época de los atentados del 11 de septiembre.

La inteligencia intenta encontrar a menudo respuestas a cosas que queremos saber.

Pero, ¿qué ocurre si la sociedad en general no quiere saber determinadas cosas, si no desea aceptar que existen determinados tipos de amenazas? Bueno... en ese caso ni siquiera comprenderán que hay una pregunta que cabe plantearse.

Insisto: las influencias sociales más amplias afectan a nuestras percepciones políticas y al lenguaje (el discurso) con el que decidimos entenderlas y articularlas.

Dicho de otro modo, el discurso enmarca las fronteras de cuanto percibimos como “conocimiento útil”, y esto orienta las preguntas que queramos plantear acerca de lo que merece la pena saber ... y lo que no.

La discusión sobre los fallos de discurso ilustra una cuestión fundamental: que las agencias de inteligencia son invariablemente reflejos de sus propias sociedades; así pues, las raíces de los fallos de inteligencia no se encuentran realmente en las instituciones, las estructuras, los sistemas o los procesos, sino en NOSOTROS MISMOS.

Zaragoza, 24 de noviembre de 2008